

*ceso de adivinaciones* como su primer libro de poesía. *Misero templo*, la entrega anterior, comenzaba con una cita de Brines, y la influencia del poeta valenciano resultaba evidente en los poemas. También se reconoce tal magisterio en *Proceso de adivinaciones*, pero ahora ya adecuadamente asimilado y personalizado. En el poema inicial, el ritmo sintáctico recuerda, en cambio, muy insistentemente al último Bousoño.

A. ROJO LEÓN.—Una cosa quisiera yo preguntar, si me lo permitís. Hay algo en lo que los dos estáis de acuerdo, y es que siempre que habláis de un libro os referís a otros poetas mayores. Que si Brines, que si Cernuda, que si Valente... ¿Por qué esa obsesión? Ya en mis tiempos, los críticos «hidráulicos», como los llamaba graciosamente Pedro Salinas, estaban pasados de moda.

M. EGUREN.—Reconozco que yo no sé hablar de un poeta sin hablar de otros poetas. Pero no se trata de buscar «influencias», «fuentes» en el sentido negativo que esas palabras tienen. Un poeta puede relacionarse con otros sin que necesite haberlos leído. Algo parecido ocurre en el campo lingüístico, si me permitís ser un poco pedante. Dos lenguas, el caso del castellano y el rumano, pueden parecerse por tener un origen común; pero también pueden parecerse sin que se den esas razones de parentesco. El sistema vocálico griego es más semejante al español que el francés. A la hora de presentar a un poeta nuevo yo puedo aludir a sus semejanzas y a sus diferencias con otros poetas ya bien conocidos sin que ello implique ninguna relación genética, esto es, sin que implique que se trata de un discípulo o de un imitador. Pero también puede darse una relación de discipulado y ello no ser en absoluto negativo. Yo no creo en la originalidad tonta de quien no lee para no parecerse a nadie. Uno debe tener tantos antecedentes como sea posible, haber aprendido de todos los grandes nombres, de todas las grandes literaturas. Detesto a los poetas silvestres. Que luego son los que más influencias presentan, claro, pero de segunda o de tercera mano. Uno debe aprender de los poetas que admira, y luego continuarlos con dignidad.

J. L. GARCÍA MARTÍN.—O callarse, si no es capaz de ello. El silencio también es una salida digna.

M. EGUREN.—La relación de *Proceso de adivinaciones* con la poesía de Brines es absolutamente positiva. En Brines ha aprendido Fernando G. Delgado a meditar sobre el ser del hombre, sobre la ruina del tiempo y los paraísos de la memoria, como una palabra densa, sensorial, hermosa. Ningún seco conceptualismo hay en estos versos.

J. L. GARCÍA MARTÍN.—Pero Fernando Delgado es tan poco renovador como Lostalé.

M. EGUREN.—Más audaz resulta Dionisio Cañas con *La caverna de Lot*. Para mí ha sido una de las sorpresas de la colección, ya que —aunque en la contraportada se dice que éste es su segundo libro de poemas— no

había leído antes nada suyo ni había oído hablar de él. Es un libro menos redondo que *Proceso de adivinaciones*, pero con mayor capacidad de sorpresa. También planea sobre él, en parte, la sombra de Brines. A Brines se dedica precisamente el poema «Fragmento de cabeza real», del mismo estilo que los que Fernando Delgado incluye en «Museo sacro» y «Museo profano», dos de las secciones de su libro. El final de ese poema reproduce el de un conocido cuento de Cortázar; hay un trasvase de personalidad entre lo contemplado y quienes contemplan: «Con asombro el egipcio nos mira y sólo ve / a idea reducida nuestro petrificado cuerpo / el fragmento de un rostro / en la figura cúbica / del salón en sombra».

J. L. GARCÍA MARTÍN.—A mí el monólogo de «Viejo atleta castellano» me recuerda vagamente «En la república de Platón», uno de los poemas que Brines incluye en *Materia narrativa inexacta*.

M. EGUREN.—Sí, y «El miedo de la contemplación» es un explícito homenaje a Claudio Rodríguez. Dionisio Cañas recoge la herencia de la generación Rodríguez-Brines y trata de llevarla más allá.

A. ROJO LEÓN.—Os estáis contradiciendo. No aparece la supuesta audacia por ninguna parte.

M. EGUREN.—A mí me ha interesado especialmente el intento de poema largo titulado «El ave sorda», y también los hexagramas de «En la casa del tiempo». La peculiar mitología de las secciones iniciales nos ofrece un intento no siempre conseguido de lograr una inédita cosmovisión. Y acabo, por mi parte, el comentario a «Scardanelli» con estos *Doce para un fagot*, de Jorge G. Aranguren. Consta el libro de doce retratos de otros tantos dispares personajes: Cipriano Mera y Francisco Franco, Geraldine Chaplin y Jesús de Nazaret, Simón Bolívar y el Capitán Ahab, Pío Baroja y Aldana, etc.

A. ROJO LEÓN.—Francisco de Aldana desapareció aquí, en Alcazarquibir, con el rey don Sebastián. He tomado algunas notas sobre su vida. Durante un tiempo pensé escribir una novela histórica, un poco a la manera de Mújica Láinez, en la que cada capítulo contaría la historia de uno de los caballeros muertos o desaparecidos en Alcazarquibir. El último capítulo era el del propio rey. Ya tenía muy adelantados los dedicados a Cristóbal de Távara y a Francisco de Aldana. Luego me cansé y abandoné el proyecto. Si queréis, cuando terminéis de comentar libros, os leo alguna página.

J. L. GARCÍA MARTÍN.—Te escucharemos con gusto. Ya sabes que comparto contigo la devoción por don Sebastián.

M. EGUREN.—*Doce para un fagot* es un libro que tiene algo de novelesco y que se lee con agrado. A mí me ha recordado —aunque el procedimiento técnico utilizado sea diverso— las *Crónicas*, de Fernando Quiñones. Esta poesía épica, con personajes, que cuenta cosas, se en-